





CÉLINE



Carlos Manuel Lorenzo

CÉLINE



Primera edición: febrero 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Manuel Lorenzo

© Diseño de Portada: Kela Lorenzo

ISBN: 979-13-87612-48-1

ISBN digital: 979-13-87612-49-8

Depósito legal: M-3330-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A los que se fueron: Matilde Gilsanz Ortega, Fernando Medina Senent y Musa.  
Al recién llegado: Gael Lorenzo Robayo, mi nieto.*





## Índice

Agradecimientos.....	11
Bajo el negro manto de la mentira .....	13
Gris claro.....	19
Aleteo de negras mariposas .....	25
Pesadilla .....	29
Regreso a casa.....	31
La roca que no servía para nada .....	37
Julie.....	43
El disfraz.....	49
Lo que Céline contó a Malcolm.....	55
Lo que Céline no contó a Malcolm.....	61
El frío norte .....	65
El regreso .....	73
Última noche en Quebec .....	75
Los ojos de su amo .....	83
En el purgatorio .....	87
Por sorpresa .....	91
La cortina de humo.....	95
A propósito de Jeffrey .....	111
En el alambre.....	117
En la Ciudad de las Luces.....	121
Cuando una patria te llama .....	127
El final de Céline Lafayette.....	131

La conciencia de Henry Legrand.....	137
Sin vuelta atrás.....	141
Cuando las gafas no te dejan ver.....	147
La encrucijada.....	151
Olvidando a Céline.....	157
Sin poder olvidarse de Céline.....	161
La casamata.....	165
Rojo y negro.....	173
Algo para lo que no estaba preparada.....	179
La calma que precede a la tempestad.....	185
El Uranverein ha muerto.....	189
Viva el Uranverein.....	197
Un tren a Estrasburgo.....	203
Primero de septiembre.....	213
Tiempo de Marte.....	217
Cuando Dios no mira.....	223
El hombre que abrió los ojos.....	229
En boca cerrada.....	231
El regalo de Dios.....	239
Escombros, cenizas y olor a muerte.....	245
En el alambre.....	251
Una súplica.....	255
En las garras del Grifo.....	261
Dei fortioribus Adsunt.....	265
La aguja en el pajar.....	269
Bienvenida a casa.....	273
El último empujón.....	277
El juicio de Salomón y un clavo ardiendo.....	283
La sombra interminable.....	289
Epílogo.....	295
Índice alfabético de personajes.....	309

## Agradecimientos

Nadie logra nada solo por su propio esfuerzo. En ese sentido, quiero reconocer que mucha gente ha contribuido a esta novela. Algunas aportaciones son muy directas, como las de mis compañeros de taller literario, las de Álvaro Fierro y Aránzazu de Isusi, mis profesores, o la Editorial Adarve.

Otros, sin embargo, lo han hecho de una forma indirecta, aunque no menos importante. Son quienes han compartido conmigo las vivencias que me han ido moldeando, esas que se reflejan en mis obras. Es imposible mencionarlos a todos. Supongo que sabrán perdonarme.

Sí quiero destacar especialmente a aquellos que han colaborado para dar el formato definitivo a esta creación: mi editora, Valeria Lorenzo, que me ha ayudado a convertir los sueños de un escritor de relatos en una novela; a Belén Cacharro, a Aranzazu de Isusi y a Fernando Medina, que han hecho de lector 0, con valiosísimas aportaciones.

El periodo transcurrido desde la firma del contrato con la editorial hasta el envío del borrador definitivo, no ha sido fácil. Desgraciadamente, me han dejado, en realidad nos han dejado a todos, seres que de una forma u otra me han entregado su aprecio o su afecto incondicional. Es a ellos a quienes quiero dedicar esta novela.

Permitidme que mencione, primero de todo, a mi madre, Matilde Gilsanz. Si hay alguien responsable de que yo esté escribiendo estas letras, es ella. No solo por el hecho físico de haberme traído a

este mundo y haberme cuidado cuando la necesitaba (triste maternidad que nunca recibe todo lo que entrega), sino también por el amor a la cultura y a las letras que me ha transmitido. El segundo es Fernando Medina, compañero de taller al que sigo valorando por su inteligencia, su entereza y su saber estar. Ha dejado de hacernos felices con sus escritos, llenos de conocimientos sobre el alma humana. La última es mi perra, Musa, porque solo tu madre te quiere más que tu perro.

Nada más que añadir, salvo agradecer a mis lectores el tiempo que han decidido dedicar a leer mis desvaríos. Espero que os guste y que me lo contéis.

## Bajo el negro manto de la mentira

El ataúd acababa de entrar en el panteón de los Chrysler: un pequeño edificio de mármol blanco con cuatro columnas dóricas en el pórtico y una puerta negra. Estaba enclavado en el Sleepy Hollow Cemetery y tenía un aura siniestramente hermosa. El sol brillaba con determinación insensible sobre el bosque de robles, olmos y hayas. Lo atravesaba un riachuelo que se abría paso a través de un césped bien cuidado. Las lápidas salpicaban por todas partes aquel paraíso de la muerte.

Miles de personas habían acudido a presentar sus condolencias. No faltaban los representantes de la política: los que habían recibido fondos del viudo y los que esperaban recibirlos. También se habían congregado los embajadores de aquellos países donde la Chrysler tenía intereses. Todos vestidos de gala, con sus discretos trajes oscuros, aunque adornados por bandas y condecoraciones. Preocupados por sus asuntos de estado, parecían olvidar que una mujer había muerto. Los Rieber estaban allí y Miriam lloraba sin consuelo en medio de aquella indiferencia maquillada de pena. Céline sintió un estremecimiento cuando la pesada cerradura bloqueó la puerta del sepulcro. Entonces asumió que esa muerte era irreversible.

Llegó con Malcolm, en calidad de una amiga muy especial, aunque todo el mundo esperaba que anunciaran pronto su compromiso. Llevaba más de un año haciéndose la puritana. Su pretendiente se estaría dejando parte de la fortuna familiar en prostíbulos. ¡Mejor para sus colegas! Ella sabía que la sed insatisfecha lo obligaba

a regresar. En ese tira y afloja estuvieron más de un año. Por fin el pobre no había podido más y acababa de pedirle la mano, en un discreto aparte, parcialmente ocultos por un roble centenario. Había elegido el peor escenario posible, pero traía el diamante más grande que la joven había visto. Ella aceptó, naturalmente.

Observó al viudo: Walter Percy Chrysler estaba pálido, con ojeras profundas y se frotaba de cuando en cuando las sienes como si quisiese disipar un dolor insufrible. La muerte de Della le había afectado profundamente. Pudo ver que el embajador de Francia abrazaba calurosamente a los deudos. Era un hombre de mediana edad, menudo, con cabello y mostacho grises, exagerado de ademanes y grandilocuente en el discurso. Había acudido con todas las medallas de su panoplia y una banda tricolor en azul, blanco y rojo. Tras él, reconoció la sigilosa figura de un hombre gris, de estatura media, moreno y de hombros muy anchos. Saludó escuetamente a la familia, con movimientos cortos y enérgicos. Pudo observarlo a placer mientras daba el pésame: tenía entradas profundas, el pelo pegado con gomina y un bigotillo estrecho, aún negro. Bajo la oreja derecha arrancaba la marca de una quemadura que venía a morir junto a la unión de unos labios finos y apretados. Se la acarició en un gesto inconsciente. Cuando terminó sus breves condolencias, el hombre oscuro hizo una seña al embajador y se dirigió hacia ella. No esperaba que la abordase allí.

—*Bonjour*, mademoiselle Lafayette. No sé si me recuerda: me llamo Henry Legrand, agregado cultural de la embajada de Francia —lo dijo para que todo el mundo lo oyera, luego rebuscó un momento en el bolsillo de su chaleco—. Yo la seleccioné para dar clases a la señora Rieber.

Ella buscó a su prometido con la mirada, en aquel momento estaba inmerso en una conversación con Torkild.

—Lo recuerdo perfectamente. No es solo un agregado cultural.

El hombre la cogió del brazo y la llevó lejos del resto de los asistentes

—No se apure, a nadie puede extrañar que hable con una compatriota, aunque debo decir con disgusto que detecto un leve acen-

to de Luisiana. Parece que nuestro buen marqués ha transmitido la entonación colonial a su descendencia —soltó una risa hueca y continuó—. ¿Podría hablarme de su casa en París, por favor? Hace tantos años que no visito la Ciudad de la Luz.

La estaba poniendo a prueba.

—Vivo junto al Quai de Conti, frente a la estatua de Henri le IV. Ya sabe, edificios de cuatro o cinco pisos, de paredes grises y tejados de pizarra negra, que guardan en su interior dos pisos más. El primero de ellos tiene grandes ventanas de piedra, coronadas por un arco, mientras que el segundo, el de servicio, las tiene mucho más pequeñas. Me encanta mirar a las personas y los vehículos que cruzan el puente. ¡Tiene tanta vida!

—Precioso, no cabe duda. ¿Podría recordarme cuántos arcos tiene?

—Cuatro —respondió convencida.

—¡Oh! Eso parece en el famoso cuadro de Auguste Renoir, pero es un efecto de la perspectiva. A través de su ventana debería ver tres entre su orilla y la isla. Desde allí hasta la otra ribera hay cinco más —hizo una pausa dramática y continuó—. ¡Nunca cuatro!

Miró a Céline decepcionado y señaló al hombre que esperaba en pie, junto al vehículo de la embajada.

—No lo estropee todo, *je vous en prie*, hemos invertido mucho tiempo y dinero en usted. Aquel hombre, el fornido de casi dos metros. Sí, ese de color. Es algo más que un chofer, como sin duda supondrá. Tiene la misión de impedir que algo salga mal.

La joven miró a Malcolm, quien le dedicó una sonrisa de hombre de negocios muy ocupado. Estaba con Torkild y un grupo numeroso que rodeaba al presidente de la Corporación Chrysler y trataba de camuflar como un pésame lo que no eran más que intereses comerciales.

Henry la miró a los ojos.

—Bon, mademoiselle, estamos solos, podemos hablar sin tapujos. La saqué de aquel prostíbulo para conocer las actividades

de la aristocracia norteamericana. Han sido dos años de costosa preparación en historia, arte y perfeccionamiento del francés. No podemos fracasar ahora.

—He cumplido, les he entregado mucha información sobre los contactos de los norteamericanos importantes con Alemania.

—¡Y lo ha hecho de maravilla! Desgraciadamente, la información no resulta alentadora. Muchos, incluido su prometido, tienen intereses con empresas germanas. Si hubiese guerra, ellos retrasarían la intervención de los Estados Unidos.

Legrand sonrió agradecido, dejando ver el orgullo que sentía.

—Pero la adiestré para pescar arenques y ha caído en sus redes un atún. El mejor que podríamos soñar. No está preparada para pescarlo.

Céline se entristeció. Siempre hay que pagar rescate para escapar del infierno.

—¿Qué quiere decir? ¿Tengo que renunciar a mi boda?

Henry iba varios movimientos por delante. Se detuvo un momento para jugar con los dedos de ambas manos. Sonreía con sarcasmo, disfrutaba con el sufrimiento de ella. La dejó en suspenso unos segundos más.

—No sea estúpida, querida. Le voy a proporcionar las armas que necesita para su nuevo papel: una identidad y conocimientos suficientes de «nuestro país».

Céline lanzó un suspiro de alivio y miró por primera vez a los ojos a su interlocutor. El hombre continuó.

—Tendrá una partida de nacimiento, pasaporte, título nobiliario... *Enfin*, ya sabe a qué me refiero. Tenga mi tarjeta, en el reverso hay una dirección de París. Entréguela allí y le ayudarán.

Céline entrecerró los ojos y miró a Legrand con suspicacia.

—¿Y a cambio?

—A cambio podremos influir en un hombre clave... *Tout pour la France, vous savez.*

—Soy americana.



—Querida, ¿qué ha hecho América de usted? ¿Una puta? Francia la va a convertir en una marquesa rica —sonrió solo con las comisuras de los labios. Su mirada era gélida.

La joven respiró profundamente antes de hablar. Por el rabillo del ojo pudo ver que era Henry quien estaba impaciente y nervioso. Trataba de disimularlo, pero le delataba la forma de rascarse la vieja quemadura.

—¿Por qué debo ir a Francia?

El hombre la miró con lástima. Hizo una mueca de decepción ante su desconocimiento.

—*S'il vous plaît, Mademoiselle, c'est évident.* Debo reconocer que la embajada de Francia en Estados Unidos es como un queso gruyere. Igual que las demás, *tout à fait*. Todos tenemos informadores en todas partes, pero no solo los gobiernos: el señor Rieber y la familia Donnelley *aussi*. Nadie puede permitirse la ignorancia. Si movemos un dedo por usted, todo el mundo querrá averiguar por qué empleamos canales... irregulares, para obtener los papeles de mademoiselle Lafayette. *Mais naturellement*, si alguien acude al Registro Civil de París, ¿encontraría todo en regla?

Hizo otra pausa dramática.

—Además, tiene que conocer Francia de primera mano y formarse como una verdadera aristócrata. No podemos permitirnos errores como el que ha tenido hoy.

Ambos esbozaron una sonrisa cáustica.

—Necesitaré algún dinero —insinuó ella.

El agregado cultural hizo un gesto con la mano, quitando importancia a aquel pequeño detalle. Interrumpieron la conversación al darse cuenta de que Miriam Rieber caminaba hacia ellos. Le-grand hizo un gesto de despedida y se marchó apresuradamente.

—¡Cada vez me quedo más sola!

—Por Dios, Miriam, no digas eso.

La dama bajó la mirada.

—Acompáñame, quiero enseñarte una cosa.

Caminaron hasta una lápida de granito. Ya tenía grabados los nombres de toda la familia Rieber junto con sus fechas de nacimiento, a la espera de la inevitable llegada del último dato.

—¿Sabes?, cada vez me asusta menos el dato que falta junto a mi nombre. Me gustaría que vinieses alguna vez a verme. No tengo mucha gente con la que hablar.

Céline la miró preocupada.

—No digas eso, Miriam, tanto a este lado como al otro tienes gente que te quiere.

Pero la vieja dama no escuchaba. Céline sintió lástima, recordó la impresión que le había causado cuando la conoció en Tiffany. ¡Qué equivocas son las apariencias! ¡Qué confundidos estaban los informes sobre la mujer en cuya vida se había infiltrado! La memoria regresó a aquel primer encuentro.

## Gris claro

Céline Boudreaux caminaba con rapidez y miraba hacia atrás de tanto en tanto, como si temiera que la alcanzase su propia vida. Llevaba demasiado color en su ropa de criolla. Contrastaba con el vestir sobrio y cosmopolita de la ciudad de Nueva York. Los peatones recorrían las aceras a toda prisa y solo reparaban en ella durante un fugaz instante. El tráfico de vehículos llenaba el aire con sus humos, traqueteos, explosiones y bocinazos. La ciudad la deslumbraba y la atraía, pero también la hacía sentir una intrusa. Reprimía, a duras penas, las expresiones de asombro, como le habían enseñado en el burdel. Los clientes apreciaban la elegancia, no las muecas infantiles de sorpresa. Era prostituta de estirpe, había trabajado en una de las casas más afamadas de Nueva Orleans. Se regía por estrictas normas de educación, del agrado de los padres fundadores de la ciudad, llegados de Francia. Solo se permitía la entrada a la *élite de la ville*.

Caminó por la quinta avenida hasta detenerse frente a un edificio de color blanco. La fachada monumental burlaba al observador, ya que fingía tres pisos ciclópeos, como si los hubieran construido para que los habitasen gigantes. El exterior era de mármol, hierro y terracota. Las cornisas estaban soportadas por pilares o columnas rematadas con capiteles corintios. En medio de la fachada, en el primer nivel, se erigía la estatua de un atlante que sostenía un reloj de manecillas y números dorados. Sobre la puerta principal había un rótulo: «Tiffany & Co.».

Cada vez que se abría la puerta principal, se filtraba la música de una *big band*, apagada al momento por la barahúnda del exterior. Reconoció el sonido de *In A Sentimental Mood* de Duke Ellington:

*In a sentimental mood*

*I can see the stars come through my room*

Había llegado el momento, el escenario estaba preparado. Céline empujó la puerta. Un gigante con traje y corbata le impidió el paso. Medía más de seis pies y seis pulgadas de alto y casi lo mismo de ancho. Pelo corto, rubio y de ojos azules. Tenía el aspecto de un oriundo del Midwest, descendiente de alemanes.

Miró al interior de la sala. Había vitrinas a ambos lados y dos hileras de mesas redondas en medio. Una única figura era el centro de todas las atenciones. Estaba sentada y tenía ante sí un servicio de té, con bandejas de oro y vajilla de porcelana china. Representaba cincuenta y tantos, el pelo entrecano recogido en un moño, ojos azules, cara redonda y mejillas que colgaban ligeramente. Parecía con algo de sobrepeso, pero el elegante vestido negro lo disimulaba. A juzgar por las joyas que exhibía, era una buena cliente. Llevaba un turbante con una pluma de avestruz sujeta por un broche de zafiro. Frente a ella, un hombre con esmoquin la atendía cortésmente, casi servil. Una chica negra, en pie, con uniforme de estilo sobrio, sujetaba su abrigo de visón. A un paso, una joven rubia, alta y delgada, vestida de cóctel, esperaba su indicación para acercarse a alguna de las vitrinas y traer la joya solicitada.

—Me envían de la embajada de Francia. Me han dicho que pregunte por la señora Rieber —se justificó Céline—. Me indicaron que deseaba verme aquí.

—¡Déjala pasar, Kurt! —dijo con autoridad la mujer del turbante—. Disculpe querida, agradezco su presencia. Me vendría bien una segunda opinión —sonrió con afabilidad.

Céline miró hacia el fondo, una banda de *jazz* tocaba sobre una tarima, separada del resto por una barandilla de madera. Un poco más atrás, ocultos, casi invisibles, había un ejército de sirvientes negros, por si fuesen necesarios.

*Rose petals seem to fall  
It's all I could dream to call you mine*

Caminó decidida hasta la mesa y tomó asiento. El hombre se mostró incómodo, pero no se atrevió a decir nada.

—¿Qué le parecen estas perlas?

Céline examinó el collar. Dos no eran blancas por completo. Se lo hizo notar a su interlocutora.

—¡Muchas gracias, querida! Tiene usted un ojo excelente con las joyas. Por favor —se volvió hacia el hombre—, sustitúyanlas.

—No hacen mal efecto —se atrevió a sugerir la mujer rubia.

—No, querida, la mezcla es un error. Prefiero separar las más oscuras y reemplazarlas por otras. ¿No le parece? —preguntó a la criolla, que asintió no muy convencida.

*On the wings of every kiss  
Drifts a melody so strange and sweet*

—Soy Miriam Rieber, la esposa de Torkild Rieber, presidente de Texaco. ¿Usted es?

La joven sabía mentir, lo había hecho miles de veces en la cama.

—Céline Lafayette.

—¿No estará emparentada con el general francés?

La chica sonrió modestamente.

—¡Por el amor de Dios, qué afortunada coincidencia! Me dijeron que mandarían a una joven de buena familia, pero han superado mis expectativas. No es norteamericana, ¿verdad?

—Francesa —mintió de nuevo, con una encantadora sonrisa—. Me envía el agregado cultural de la embajada. Usted solicitó una profesora de nuestro idioma —le tendió unas cartas de recomendación.

Miriam las revisó durante unos minutos, luego continuó hablando.

—Le agradezco que haya venido hasta aquí, me ha sido muy útil la opinión de una europea. Por cierto, ¿cómo ve usted la situación allí?

—Comprometida. Me temo que la guerra será inevitable. Por eso he decidido venir a su país.

—Entiendo. Por miedo a Alemania —lo pensó un momento, la conversación podía volverse hostil, pero decidió continuar—. ¿Sabe?, mi marido simpatiza con los nazis. Está apoyando a las fuerzas del general Franco en España y tiene negocios con Italia y Alemania.

Escrutó la expresión de la joven, que era de una indiferente candidez.

—Torkild opina que a un dictador solo tienes que sobornarlo una vez. Con las democracias hay que seguir haciéndolo continuamente.

Ambas soltaron una risa delicada y artificial.

—¿Té? —preguntó el hombre, que asistía impasible a la conversación, las dos asintieron—. ¿Leche o limón?

—Solo —se adelantó la mujer—, prefiero no entreverar. ¿Y tú, querida?

—Solo también.

Ambas se llevaron la taza a los labios, tenían los ojos entrecerrados y el meñique rígido. Céline aspiró el aroma caliente y amargo de la infusión, la paladeó con placer y bebió lentamente un sorbo.

*In a sentimental mood*

*I'm within a world so heavenly*

*For I never dreamt that you'd be loving sentimental me*

—Entonces, la veré el lunes para mi primera clase. Casi no la conozco y ya estoy deseando que nos volvamos a encontrar —comentó la señora Rieber.

Miriam dejó la taza sobre la bandeja de oro. Céline removió el contenido de la suya lentamente, se entretuvo contemplando las espirales que dibujaba la cucharilla. Sintió la mirada inquisitiva de la otra mujer. El resto se había vuelto invisible.

—Verá, tengo que reconocer, con cierta vergüenza, que he salido de París con lo puesto y unos pocos ahorros. Nosotros, los

aristócratas, no somos muy bien vistos, más aún si simpatizamos con... los nazis —dijo esto último bajando la voz.

Miriam abrió la boca, cogida por sorpresa.

—Así que simpatiza con los nazis. Tal vez podría ayudarme a elegir un regalo para mi marido, va a entrevistarse con Hitler, ¿sabe?

—¿Qué le parece una sortija que tenga engarzada una cruz de hierro de zafiros negros? Pensé añadir unos brillantes, pero entiendo que usted prefiere segregar. Tal vez unas esmeraldas, simulando hojas de roble. Al no ser blancas...

El hombre del esmoquin sonrió complacido. Aquello costaría caro.

—¡Precioso! Es un detalle que puede abrirle algunas puertas. Por lo otro no se preocupe, tengo muchas amigas que desean recibir clases de francés. No le faltarán ingresos.

—¿Haría eso por mí?

—¡Naturalmente! Todo el mundo querrá relacionarse con una Lafayette. Me encantaría presentarle a mi hijo, Harold.

Céline sonrió, había dado el primer paso.





## Aleteo de negras mariposas

Había sido muy fácil ganarse la confianza de la señora Rieber. Hacerse pasar por una Lafayette eliminó muchas barreras. Sabía utilizar el encanto natural y el tacto para capear los berrinches de la dama. Era la única capaz de animarla en los momentos de apatía, cuando se encerraba en la habitación. Miriam estaba feliz exhibiendo a su aristócrata francesa, la trataba como un miembro más de la familia y la había invitado a la fiesta que celebraba en su mansión de Long Island.

La casa era impresionante, de tres pisos, construida en granito rosado con altísimos techos de pizarra negra. Las alas, del mismo estilo que el cuerpo principal, alojaban a los asistentes. La fiesta se celebraba en una pradera rodeada de árboles, al pie de la colina donde se alzaba la vivienda. Dos largas escalinatas blancas bajaban por las laderas hasta una plaza. En su centro se alzaba la estatua de mármol de un Adonis que los Rieber habían comprado en Italia, haciéndola arrancar de las ruinas de una antigua villa romana.

Céline llevaba un vestido de seda negra que le había prestado Ruth, la hija de la anfitriona. La chica debió de arrepentirse de inmediato porque las comparaciones resultaron inevitables. Harold, el hijo, le solicitó el primer baile. A continuación, fue presentándole a la *crème* de la sociedad neoyorquina.

Malcolm Donnelley captó inmediatamente su atención. No era amable ni galante, pero su familia tenía una de las fortunas más antiguas del país. Estaba apoyado en una columna del porche. Desde allí veía al resto de los invitados bajo sus pies. Tenía un cigarro

entre los dedos, al que daba largas caladas de cuando en cuando, expulsando el humo de forma que le ocultase parcialmente la cara. Lograba todo lo que pudiese comprar y podía comprarlo casi todo. Luego lo ostentaba impudicamente: desde el reloj de oro que cruzaba el chaleco de su esmoquin hasta la rubia elegante, delicada y de aspecto frágil, que se agarraba a su brazo con desesperación. La pobre chica, vestida de un blanco espiritual, supo que había perdido a su hombre cuando él se desprendió de las manos que lo sujetaban. Comenzó a exhibirse como un pavo real: la estatura, los hombros, los gemelos y anillos con los que podría sobornar a un país entero, su ropa carísima, la ceja alzada para acentuar su arrogancia. Giró sobre sí mismo para que Céline pudiera contemplarlo. Ella lo miró con el disimulo justo para que él se diese cuenta. Después habló a otro cualquiera con voz sensual mientras le acariciaba el antebrazo con las yemas de los dedos. Comprobó, satisfecha, el efecto que había tenido en Malcolm y le dedicó una furtiva sonrisa cómplice. Cuando la elegante y delicada rubia se retiró, como un humillado fantasma, supo que la acababan de adquirir. Ahora tenía un nuevo amo, pero ella sí sabría manejarlo.

Charló con él de temas banales, lo justo para cebar aquella naciente relación, pero no podía desatender su relación con los Rieber. Buscó a Miriam desde la atalaya en que se encontraba y la localizó en el jardín, del brazo de una mujer delgada, con melena corta y blanca por los años. Llevaba un vestido gris perla, plisado, cruzado sobre el pecho, un cinturón con el sello de Tiffany's cubierto de brillantes, que hacía juego con un collar de tres vueltas. La reconoció inmediatamente, era Della Viola Chrysler. Podía unirse a ellas.

Bajó las interminables escaleras de mármol y atravesó la plaza llena de gente. Las alcanzó cuando se internaban en una zona apartada del jardín. Della se giró repentinamente y tapó la visión de Céline con su cuerpo. La detuvo con una mirada serena y autoritaria.

—¡Oh, eres tú, querida! —pudo ver el rostro de Miriam, parcialmente oculto. Había llorado—. No te apures, Della, vuelve a la fiesta, me dejas en buenas manos.

La esposa del magnate de los automóviles se alejó lentamente, volviéndose de vez en cuando.

—¿Qué te ocurre, querida? ¿Otro episodio de melancolía?

—Eso dice el médico. El anterior los llamaba histeria femenina. Me recetan medicamentos, pero esto no se va —respondió Miriam.

—Te preocupas por nada. La gente te quiere, de verdad, te quiere.

—Eso me dicen, pero no es así. Te aseguro que me odio por sentirme como me siento, pero no puedo evitarlo. ¿Sabes por qué Della y yo nos llevamos tan bien? Porque nuestros maridos han hecho sus fortunas desde la nada. Los demás nos desprecian, nos llaman paletos, incultos, zafios.

Céline la dejó llorar, tendría que sacarla de la fiesta discretamente y llevarla hasta su cuarto para que se recompusiese. Conocía bien el jardín, era inmenso. Buscó los lugares más reservados y oscuros. Apenas encontraron otra cosa que algunas sombras envueltas en sudor y jadeos, dedicadas por completo a un discreto adulterio o a otras relaciones que, en esa América libre, podían acabar en la cárcel.

Llegaron hasta la suite de Miriam. Era enorme, blanquísima, luminosa, rebosante de sedas y encajes. A un lado había un vestidor del tamaño de un apartamento y al otro estaba el baño. La ayudó a desvestirse y a ponerse un camisón y una bata. Aquella ropa no podía ocultar el deterioro causado por el tiempo. Céline tuvo miedo, tal vez contemplaba su futuro.

—No sufras, querida, ellos se burlan porque no soportan que la gente humilde llegue a su altura. En realidad, os envidian.

La dama sonrió con tristeza.

—¿Envidia de qué? Puede que de Torkild o de Walter, pero no de nosotras. A Della la temen, es tan segura de sí misma y tiene una lengua tan afilada, pero yo no soy fuerte. No puedo vivir así, no quiero vivir así.

—¿Qué más necesitas? Eres rica y tu familia está a tu lado.

—No importa lo que poseas, sufres por lo que te falta, no te equivoques. Ese vacío se vuelve insoportable. Della tiene a su ma-

ruido. Walter la adora, no podría vivir sin ella, en cambio Torkild... está casado con su trabajo. Me ha arrastrado a Colombia, he tenido que curarle las picaduras de miles de mosquitos y a Bahrain, en medio del desierto. ¡Como si no fuese más que un baúl! Mis hijos tienen su propia vida. Van a contratar una enfermera que se ocupe de mí... para alejarse y ser felices. No me soportan... pero yo, no puedo más, estoy sola.

—¿Y Della?

La dama se entristeció.

—Guárdame el secreto, Della está muy enferma.

—Me... me tienes a mí.

Miriam levantó la mirada y trató de leer la verdad en los ojos de la otra. Musitó:

—Te tengo a ti.

## Pesadilla

Céline despertó en mitad de la noche, apenas veía nada y sudaba copiosamente. La imagen de Miriam Rieber junto a la lápida, en el entierro de Della Chrysler, había impregnado su sueño de temor y de amarga culpabilidad. Tenía que evitar que la tensión la matase. O lo que era peor, que la envejeciese tanto que no resultase apetecible para Malcolm y su boda se fuera al traste. Sin embargo, no era fácil complacer a Legrand. Una mujer como ella, viajando sola a París desde Luisiana, levantaría sospechas. Probablemente acabaría siendo interrogada por la policía y su farsa, descubierta. Necesitaba una excusa creíble.

Tenía que encontrar a alguien que la acompañase. Deberían fingir que eran amantes. Tenía que partir con su pasaporte real y regresar con los papeles falsificados. Necesitaba un hombre fuera de toda sospecha y que resultase manejable. ¡Dinero en efectivo!, sin eso no había nada que hacer. Los pasajes de ida deberían estar a nombre de él y de Céline Boudreaux. Tendría que regresar sola, con el billete emitido para mademoiselle Lafayette. Aquellas ideas se agitaban como un tornado, su mente saltaba de una a otra. No podía ver nada, sin más luz que un destello de luna en el espejo. Miró su imagen: era un espectro tenuemente iluminado. Sin embargo, aquella mujer desvalida le dio fuerzas. Se compadeció de ella, no podía dejarla a su suerte. La necesitaba, ambas se necesitaban. Apretó los dientes y comenzó a trazar un plan.

¿Quién? Ese era el primer escollo. Tardó varias horas en descartar a su clientela habitual. O estaban casados, o no eran de fiar, o

sus obligaciones no les permitían ausentarse, o, sencillamente, no eran manejables. Al final solo quedaban media docena de nombres. Poco a poco uno de ellos comenzó a emerger como el candidato ideal: Jeffrey DeCuir. Era la oveja negra de una antigua familia de la isla Brevelle, en el río Cane. No eran muy ricos, pero se ganaban la vida decentemente. Varias veces al año visitaban Nueva Orleans. Eran buenos clientes y nunca habían dejado deudas. El hijo menor se había quedado en la ciudad, tratando de abrirse camino como saxofonista, pero no era fácil. El alcohol y las hierbas de santería habían devorado su sueño. Podría manejarlo.

Se harían pasar por dos amantes que viajaban a Quebec. Desde allí muchos buques zarpaban hacia Francia y no llamarían la atención. Una vez en París le pagaría lo convenido. Lo más probable es que lo gastase todo en alcohol y prostitutas, pero eso ya no sería problema suyo. Ella continuaría sola.

Podía arriesgarse a viajar a Europa porque la situación había cambiado. O eso le había contado Malcolm: en septiembre de aquel mismo año Francia, Reino Unido y Alemania habían firmado los acuerdos de Múnich. Esta última se anexionaba los Sudestes y el mundo era feliz... salvo Checoslovaquia. Ya se rumoreaba que Adolf Hitler, Arthur Neville Chamberlain y Édouard Daladier iban a ser propuestos al Premio Nobel de la Paz<sup>1</sup>. El fantasma de la guerra se había alejado definitivamente.

---

<sup>1</sup> Sobre este asunto, el lector puede ampliar información en los siguientes artículos: «Hitler y el nobel de la paz de 1938», *Muy Interesante*, 7 de octubre de 2019 y «¿Para qué premio Nobel fue nominado Adolf Hitler?», *La Vanguardia*, Xavi Ayén, 24/03/2021 07:00, Actualizado a 24/03/2021 08:31.